

XVIII.

Examinaremos con la latitud que los estrechos límites de este libro nos permitan, cada una de estas obras y cada uno de estos discursos. Habrá habido propagandistas infatigables, pero mas que Castelar no.

El primer libro que se ofrece á nuestra consideracion es la *Fórmula del Progreso*. Fué escrito en 1858. Ya hemos pintado esta época en que se hacia una política de perfidia y de corrupcion. Es ante todo este folleto una obra destinada á la propaganda de las ideas democráticas. «Este libro se escribió,—dice el mismo en un prólogo á una nueva edicion de él hecha en 1870,—para defender los derechos individuales y el sufragio universal, cuando todos creian que los derechos individuales eran una logomaquia y el sufragio universal un sueño.» En realidad era una exposicion clara y concluyente de todos los principios democráticos: un tratado completo de democracia en doscientas y tantas páginas. Y en el momento de su aparicion, este libro tenia dos fases bajo las que se le podia considerar: era un resumen para el pueblo y para todo el mundo de las ideas del partido democrático y al propio tiempo un grito de esperanza, un cántico de esa felicidad íntima que da el ideal en quien se tienen puestos el alma y el corazon, una esclamacion de triunfo seguro para el porvenir, una protesta calurosa y bella contra aquella política de entonces, sin ideas y sin ideal, sin conciencia y sin rumbo fijo.

Mas que nada la política de Posada Herrera,—no quiero decir de O'Donnell,—era una política

de asfixia. El fin de ella era gastar, aparentar, y sobre todo descomponer. La union liberal fué como el mortero donde los partidos medios quedaron triturados. Los progresistas, que el gran Saturno-O'Donnell no se tragó, tuvieron mas tarde que democratizarse y hacerse resueltamente antidinásticos. En medio de esta asfixia de las almas la *Fórmula del Progreso* vino á traer aire y luz. Los mismos que la creian un sueño, gozaban con ella. Decian para sí: «Es una utopia:» pero al instante no podian menos de añadir: «¡Que hermosas son las utopias.» El hombre por mas que se diga, tiene necesidad de lo bueno, de lo bello y de lo grande para vivir. Los intereses materiales podrán cegarle por mayor ó menor tiempo: pero al cabo el quid divinum salta un dia ú otro en su alma y le grita: «sal de ese cieno. Has arrojado al fango tu manojito de estrellas. ¡Suicida!» La juventud que amaba la idea liberal vió en la *Fórmula del Progreso* la espresion de sus sentimientos; el pueblo, un dogma, un poco oscuro é indefinido antes para él, claro ya y definido desde entonces; el partido moderado un desvario, la union liberal una aspiracion sin consecuencias, el partido progresista una utopia que iba demasiado lejos y que se atrevia á atravesar, ¡horrible delito! aquella especie de columnas de Hércules que se llamaba la soberanía nacional, base presente y futura de todo derecho político, base sobre la que tenian que descansar necesariamente todas las constituciones habidas y por haber de todo pueblo que quisiera regirse liberalmente.

Castelar amaba sobre todo al pueblo. Sus dolores eran sus dolores. Sus amigos le pidieron que escribiera un libro para el pueblo y él le escribió. «Yo lo he escrito, decia, principalmente

para el pueblo. Por eso hablo de las nociones mas comunes, de la política que necesita conocer el pueblo. Vosotros los poderosos, los felices, no querais en buen hora la libertad; pero tú, hijo del pueblo, que padeces encorvado bajo el peso de tus miserias; tú, que no has sentido bajar aun á tu conciencia el aura de la libertad; tú, desposeído de todo derecho; tú, desgraciado, pon tu confianza en Dios y sentirás resonar en los aires un suave concierto; semejante al que oian los pastores de Nazareth, cuando los ángeles del Señor les anunciaban la buena nueva; una voz divina que te anuncia que la injusticia no es eterna; que la libertad se extenderá tambien sobre tu frente; que tus hijos verán al menos esa tierra de promision que ahora ves tú con los ojos del alma, retratarse tranquila en el espejo de tu esperanza!!»

En medio de todo, este libro tenia que producir otro efecto y le produjo. Presentaba un programa completo de ideas: á las conclusiones indecisas y escasas de los partidos medios, oponia un sistema bien definido en lo económico, en lo social y en lo político. «Lanzada la Fórmula del Progreso, dice su mismo autor, produjo lo que producen todas las afirmaciones atrevidas: un gran estallido de cóleras en torno suyo,» y así tenia que ser en efecto. El partido moderado, el de los hombres de la suprema inteligencia, medía el derecho por el dinero y concedía tantos mas grados de influencia y de ciudadanía cuanto mas contribuyente y mas capitalista se era: la Union liberal se reia de los derechos del hombre y la libertad que concedía habia que agradecerse no á ella, sino al espíritu de los tiempos que no consentian otra cosa; el partido progresista queria seguir siendo el partido de la esperanza, el partido eterno.

de la salvacion del pueblo en la hora de la tormenta, el nido postrero donde la nacion, pobre paloma herida en las alas por el plomo del cazador, viniese á curarse sus heridas, el Ave maris stella, en fin, de los partidos. A todas las escuelas políticas, pues, sobrecogió un poco la *Fórmula del Progreso*.

El pensamiento capital de ella no era otro que este. Todas las ideas tienen en todos los tiempos una fórmula especial. La de los tiempos medios es el privilegio feudal; la del renacimiento el absolutismo. Y así como cada edad tiene sus grandes fórmulas, cada época de esa edad misma tiene sus matices diversos mas ó menos progresivos dentro de esa misma fórmula. Hoy todos los partidos creen poseerla; creen ser los únicos depositarios de esa panacea, de ese misterioso secreto encerrado en su caja de Pandora. La fórmula de los absolutistas es el régimen antiguo: la de la Union liberal una mezcla de libertad y de reaccion: la de los progresistas el dogma de la soberanía nacional, arca santa á la que ningun mortal puede tocar. Pues bien, ninguna de estas fórmulas es la que conviene á nuestros dias. Todas ellas han pasado, unas hace mucho tiempo, otras menos. La Fórmula del Progreso de hoy es la democracia. Esta era la esencia del libro que analizamos.

Examinaba uno á uno los partidos y los hacía pasar ante sus ojos como las figuras de un cosmorama. El partido absolutista, arrastrando sus cadenas, furia condenada por el progreso á las catacumbas de la historia, solo le merecia esta frase, bien exacta por cierto. «El absolutismo fué una fórmula del progreso desde el siglo XIII hasta el siglo XVI, porque combatia con mano fuerte otra

forma de ser de las sociedades mas opresora y mas bárbara, la forma feudal.» Veia al partido moderado fluctuando siempre entre la reaccion y la revolucion, palmoteando unas veces al feroz Narvaez y al impotente Pidal, y otras alabando la tolerancia y la blandura de aquel excelente Marqués de Miraflores, autor de aquella política sin sabor y sustancia que le ha hecho célebre, como á otros les hace célebre su genio ó su heroismo, y decia de esta escuela; «El partido moderado, si hubiera sido sinceramente revolucionario, hubiera conservado la obra de la revolucion: si hubiera sido sinceramente monárquico, hubiera levantado el derruido edificio de la monarquía absoluta. En estos últimos tiempos parece como que ha conocido su error y ha cambiado de conducta: y siendo sinceramente monárquico ha retrocedido hasta encontrarse frente á frente con la Sociedad antigua. No pudiendo matar la prensa, la ha puesto una mordaza; no osando destruir la tribuna, ha suspendido sobre ella una reforma: sin fuerza para realizar una restauracion completa, ha desenterrado la nobleza: sin poder para atajar la corriente de las ideas del siglo, ha intentado detenerlas arrojando en ellas cuerpos muertos; desorganizados, que las nuevas ideas arrastraban al olvido. Mas el partido moderado ha retrocedido, porque el partido liberal ha avanzado. Ya no es partido de conservacion, es un partido de lucha. Eso prueba que la sociedad se escapaba de sus manos.» En un siglo de libertad ¿podian ser estas ideas la fórmula del progreso? No: la sociedad, en efecto, se escapaba de sus manos y moria con las entrañas devoradas por el doble Prometeo de su indecision á lanzarse en la revolucion de lleno y de su indeci-

sion á precipitarse de lleno en el absolutismo.

¿Qué era la Union liberal para él? «La Union liberal ó no es nada, ó es la destruccion de los dos antiguos partidos y la formacion de uno nuevo compuesto con huestes de los antiguos. Pues bien, yo digo que la Union liberal se realiza, que la Union liberal se realizará á despecho de los progresistas y de los moderados que quieren permanecer fieles á sus antiguas banderas. Mas, la Union liberal, ¿sabeis lo que es? ¿sabeis lo que significa? Pues significa, es, la destruccion completa, el aniquilamiento del régimen parlamentario. Sí, el régimen constitucional es un pacto y nada mas que un pacto: ó si os parece mejor, un contrato, y nada mas que un contrato. Es un pacto entre la idea absolutista, la idea monárquica, y la idea liberal, la idea democrática. Este pacto ha nacido del estado de los ánimos que no tienen fé bastante para creer en lo pasado, ni arrojarse bastante para fiarse á lo porvenir.» La Union liberal vivió siempre en perpetuo período crítico, jamás llegó al dogmático; vivió de la negacion y de la vida que arrebatava á los demás partidos. ¿Podian ser estas ideas, mejor dicho, esta falta de ideas, fórmula del progreso?

Venia despues el viejo partido progresista, el de Cádiz, el del Trocadero, el de los martirios, el llevado á todos los calvarios, el fusilado en todos los tiempos, el engañado todos los dias. Era inocente y cándido, es verdad, como suelen serlo los partidos y los hombres nobles y buenos. Habia sabido legislar, pelear, y lo que saben pocos, sufrir. Su sangre que coloreó todos los patíbulos, redimió todas las conciencias. Fué en cierto modo el Jesucristo de nuestra redencion política. Las cadenas, posadas mucho tiempo sobre sus carnes

se ablandaron y no sirvieron despues para atar mas esclavos. Pero, al fin, el partido progresista cedió á la fuerza de su propio destino y de los vicios monárquicos que llevaba en su seno. Quebró su ideal: transigió y se perdió; porque la descomposicion para las ideas comienza el dia de la transaccion. «¡Pero que fatalidad tan grande!, decia el jóven publicista. Cuando mas tarde el partido progresista fué llamado á reformar esa constitucion—la constitucion del año 12—se olvidó de ella y la rasgó página por página, sustituyéndola con la constitucion de 1837. ¡Qué amarga decepcion! La Soberanía del pueblo fué relegada al preámbulo de la constitucion, y arrancada de sus artículos, como perjudicial y dañosa; la libertad de la prensa fué entregada al oro corruptor; el sufragio universal fué reemplazado por el censo; el jurado existió escrito, pero no realizado; la libertad fué mutilada, sí, y mutilada por los que se llamaban hijos herederos de los gloriosos legisladores de Cádiz. ¡Situacion extraordinaria la del partido progresista! A una avenencia difícil, imposible, con el partido moderado, sacrificó todas sus ideas, todas sus glorias, y entregó el alma vilmente al pontífice doctrinario que á la sazón reinaba en París. Podia haber consultado el espíritu nacional que está impregnado de democracia, y no haberse ido á prostrar de hinojos ante una escuela que será eternamente extranjera en nuestra patria.»

Hecha la alquimia de los partidos existentes entonces, y no viendo ninguno que llevara escrita en su frente la fórmula del progreso de nuestros dias, el jóven propagandista tenia que convertir sus ojos á la moderna democracia. Resumia en cinco aforismos toda la nocion del pro-

greso: 1.º El progreso es una verdad filosófica y una verdad histórica. 2.º El progreso es el camino constante del hombre á la libertad. 3.º El progreso tiene en cada edad una fórmula que tiende á la libertad. 4.º La fórmula que sea mas liberal, esa es la mas progresiva. 5.º La fórmula mas liberal en el siglo XIX es la democracia. Sentados estos aforismos pasaba á desarrollar esta fórmula, no sin refutar á aquellos que sostenian que la democracia es contraria al cristianismo y enemiga del orden, de la familia y de la propiedad.

Demostraba despues que el derecho es la realizacion de la personalidad humana: que el alma del derecho es la libertad, y que no hay libertad ni derecho, si no hay orden: que la condicion imprescindible de la libertad es la igualdad; que la igualdad existe en las condiciones y no en las aptitudes, ni por consiguiente en la aplicacion de estas aptitudes: que el derecho es anterior y superior á la soberanía nacional y que el voto de todos no puede nada contra el derecho de cada uno; que el pensamiento es libre y se remonta al cielo, como las águilas, aunque esté aprisionado en oscura mazmorra: que si el pensamiento es libre, su espejo y su molde, que es la imprenta, debe serlo tambien: que la libertad de accion debe estar consagrada por la libertad de asociacion y no deben ser prohibidas ni las reuniones públicas, ni las asociaciones de los partidos, ni ningunas sociedades científicas, industriales, agrícolas, porque el hombre necesita asociarse con otros para los distintos fines de la vida humana, que el sufragio universal es la base de todos los derechos, porque es la opinion de todos, y que el censo no es mas que el dictámen de los

que tienen el dinero y los privilegios: que el jurado es el progreso en la ley; una garantía de la justicia y un cetro en manos del pueblo, juez de sí mismo y árbitro soberano de sus propias cuestiones; que el Estado debe limitarse á su esfera que no es otra que garantizar la justicia y la seguridad y dejar lo restante á la iniciativa particular; que no hay gobierno mas barato que el de la libertad, y en fin, que la democracia tiene sus principios filosóficos, económicos y administrativos que no son en rigor mas que una consecuencia de todo su ideal.

Este es el resumen de toda la doctrina contenida en la *Fórmula del Progreso*. Era el programa de la *Discusion* comentado y hermozeado: mejor dicho, era el programa de la democracia universal escrito con cierto rigor científico, y en el lenguaje de las hadas y de los poetas. O en términos mas poéticos, aquel libro era una hostia blanquísima dentro de un cáliz de oro: la hostia era la idea, el cáliz, las galas.

Pero en medio de todo, en la *Fórmula del Progreso*, se notaba una cosa; la falta de apreciacion en lo relativo á ciertas cuestiones. Nada se decía en ella de la organizacion de los poderes públicos: nada de la libertad de conciencia. ¿Y quién podia hablar de estas cosas entonces? ¿Cómo podia consentir la monarquía que se la pusiera en tela de juicio? ¿Y cómo podian consentir los clérigos que rodeaban á aquella monarquía frailesca mas que teocrática, y neocatólica mas que frailesca, que esplotasen otros que ellos que las esplotan á la sombra de la unidad católica, las ideas cristianas? No era posible. Los clérigos hubieran querido que hubieran venido cien repúblicas, antes que la libertad

de conciencia. Por estas razones el escritor de aquella época no tenia otro medio que atacar ó defender indirectamente ciertos principios; y aun así ¡cuántas veces el maldito lápiz rojo del fiscal de imprenta tachó pensamientos magníficos por lo velados é intencionados, por lo sutil de su veneno y lo inocente de su apariencia! Yo no necesito recordar esto: todo el mundo se acuerda de ello. El mismo Castelar lo ha dicho tambien: «Las leyes de imprenta eran severísimas. Su severidad se empleaba principalmente en ahogar toda aspiracion á un cambio en la forma de gobierno. Creían los monárquicos que la institucion monárquica no caeria si se ahogaba con arte la aspiracion republicana. Así nada pude decir ni nada dije sobre la forma de gobierno. Pero si con atencion se lee el folleto, echarase de ver en muchos pasages mi opinion republicana y federal, siempre que paso junto á los problemas relativos á la organizacion del poder público. Hay un pasage en que hablando yo de los pueblos donde la fórmula del progreso está ya realizada, solo menciono los Estados-Unidos. En este pasage me detengo á contemplar la república y la ofrezco cual una enseñanza práctica de política y de administracion á mis lectores. Era el único medio que teníamos entonces de espresar nuestras ideas.»

Así era en efecto. Pero como esas olas que baten un dia y otro el pié de la muralla y acaban por arrancarla algunas de sus piedras, así la idea democrática, espuesta como era posible, iba socavando los cimientos de aquella pérvida monarquía borbónica, perdida ya en la conciencia del pueblo y que pronto iba á perderse definitivamente en el olvido de la historia.

XIX.

La *Fórmula del Progreso* escitó viva, vivísima oposicion. Cada partido aprestó un campeon para que saliera á la defensa de sus principios. ¡Y fenómeno singular! se trabó una lucha reñidísima entre tres poetas; Campoamor, representante del partido moderado; Cárlos Rubio, representante del partido progresista y Castelar representante de la democracia.

Campoamor es un hombre original. Tiene sus propios defectos y los defectos todos de la escuela doctrinaria. Profundamente escéptico, siempre está hablando de la religion de nuestros mayores; juzga egoísmo en los demás lo que es el suyo propio y el de su escuela: duda de los sentimientos de todo el mundo, porque él no los tiene: no cree en la abnegacion ni en el sacrificio, porque su secta no le ha producido jamás y es incapáz de producirle: ve el universo por el prisma de su partido y le parece tan pequeño como su partido lo es. ¿No es él, el que ha dicho hablando del sentimiento en el hombre?

¿Lo has oido bien mio?
Solo le afectan el *calor* y el *frio*.

¿Y hablando de la conciencia no ha dicho estas palabras?

Añade á tu esperiencia
Que el hombre es quien *regula* la conciencia.

¿Y hablando de la virtud no ha escrito esta blasfemia?

¿Lo has entendido? ¡oh mengual!
No hay honor ni virtud más que en la lengua.

Este hombre era el paladin que presentaba el doctrinarismo para combatir la idea democrática. Era como á un ciego si le hubiesen dicho: «esplícanos lo que es la luz.» ¿Y que decia, en resumen, el poeta de las *Doloras*? Que hablando al pueblo el lenguaje de la *Fórmula del Progreso* se iba *tra la perdutta gente*: que el título mismo del folleto era inmodesto: que no daba en toda la historia un mismo sentido al progreso; que el partido moderado no era inmoral, ni habia viciado la libertad, ni llevaba ni tenia porque llevar impreso en la frente el sello del remordimiento; que él tenia una síntesis, síntesis que podia traducirse y Castelar tradujo de esta manera. «Los que paguen 400 reales gobernarán en los comicios: los que paguen 1000 en la nacion.» y que el doctrinarismo podia llamarse, y lo era en efecto, la doctrina del progreso de hoy. Todo esto lo mezclaba con insultos, con epigramas. A Gabriel Rodriguez, inteligencia tan clara y polemista tan hábil, le llamó *hortera de la inteligencia*. De Castelar dijo que era un apóstol con tontillo, que su tienda era una tienda de quincalla y que sus síntesis se reducian al cayado de Sixto V y á las chinelas de Juana de Arco.

Castelar contestó con dignidad. ¿Qué falta le hacian los insultos cuando estaba seguro de derribarle con las ideas? Envió á la *Discussion* tres artículos serenos, dignos y templados, no por el calor de la pasion que ofusca, sino por el de las ideas que ilumina. Tres eran las cuestiones que habian tratado de ventilarse en esta polémica; la

cuestión filosófica, la cuestión económica y una cuestión de partido. De la primera, ó sea si el derecho estaba en la personalidad humana ó fuera de ella, el poeta moderado dijo que no entendía una palabra de las ideas de Kant y que le daban dolor de cabeza: de la segunda que no sabía una jota, ni quería saberla, de economía política; y de la tercera, que era la moralidad ó inmoralidad del partido doctrinario, aparentó indignarse y dijo que era un escándalo hablar de esto. Campoamor se había separado de las ideas y había tratado de herir tan solo la personalidad de Castelar. Había creído que con llamar á este pobre é ignorante demócrata y mandarin de la China, frases insulsas verdaderamente tratándose de Castelar, estaban resueltos los grandes problemas sociales, políticos y filosóficos de nuestro siglo. Castelar volvió la cuestión á su verdadero terreno. Probó que todo sistema político va precedido de otro filosófico: que el partido moderado, cuyo ideal fué siempre realizar en España la monarquía doctrinaria, y como doctrinaria, corruptora de Luis Felipe, no amaba mas que el becerro de oro, y genio, elocuencia, virtud, todo lo supeditaba al oro, y que la inmoralidad mas refinada y egoísta era la consecuencia de esto. Toda la venganza que tomó Castelar por las diatribas que Campoamor le había dirigido fué llamarle «refinado sofista, ingenioso Gorgias, dañoso á las doctrinas que defiende mucho mas que sus mayores enemigos.»

La polémica se hizo despues general. Los que ardian en generoso amor hacia las ideas democráticas, se levantaron indignados contra aquel poeta de la muerte y del escepticismo que, mas que combatir los principios del progreso, se ha-

bia levantado á reirse de ellos. Calisto Bernal tomó parte en la contienda tratando de demostrar que la democracia no queria soliviantar las masas hablándolas de sus derechos y nunca de sus deberes y que el método democrático no era anti-cristiano. Canalejas terció en la pelea sosteniendo los principios fundamentales de la escuela democrática y combatiendo la idea que había emitido Campoamor de que la democracia busca lo *perfecto absoluto*. Vino despues Gabriel Rodriguez, y con esa gracia que le es característica, defendió los principios económicos de la democracia. Todo lo que Campoamor había dicho de la libertad de comercio, se reducía á esto. «Supongamos que el Sr. Castelar es un mandarin Chino y que siguiendo el credo democrático, establece en el territorio de su mando la absoluta libertad de comercio. En este estado se presenta un buque inglés cargado de opio, y en virtud de esa absoluta libertad, se dispone á envenenar la mayoría de sus súbditos. ¿Qué hará en este caso el señor mandarin? ¿Dejar que sus súbditos fuesen envenenados? No, porque eso seria horrible. ¿Prohibir al buque inglés que descargase el opio? Tampoco, porque eso seria tiránico. El señor mandarin, procurando establecer la doctrina moderada, que es la armonía de los contrarios, entre la libertad y el monopolio, estableceria la prima; permitiria el uso poniendo una limitacion al abuso. En una palabra, el señor Castelar, mi supuesto mandarin con toda su larga cola, obraria mal ú obraria como un estricto doctrinario, como un guizotista comedor de arroz.» No copiamos la refutación de Gabriel Rodriguez, por que es muy estensa y no lo permiten los límites de nuestra obra. Basta decir que probó que los dos términos

contradictorios de Campoamor, no lo eran en sí: que no se sabría á quien dar la prima, si al capitán del buque para que no desembarcara el opio, ó á los chinos para que no se envenáran con él: que no sabía siquiera lo que significaba la palabra *monopolio* y que ignoraba, en fin, hasta lo mas rudimentario del tecnicismo de las ciencias económicas.

Quedó, pues, plenamente derrotado el doctrinarismo en esta polémica tan levantada por parte de los demócratas, que evitaron las personalidades y hablaron solo de las ideas, mezquina por parte de los moderados, que, mas procuraron herir á sus contrarios, que probar la excelencia de sus doctrinas. Esta polémica depuró las ideas, concretó las afirmaciones y puso de relieve los dogmas de unas y otras escuelas. La democracia venció en la polémica y en la escuela: faltábala implantarse en los hechos y en el gobierno.

XX.

Ante la *Fórmula del Progreso* el partido progresista no calló, ni podía callar tampoco. Doctrinario tambien como el moderado, y viejo ya en años, no queria morir. No podía soportar la idea de que otro partido que no fuera el suyo viniese á apoderarse de las riendas del porvenir. El era el solo amigo del pueblo: el que habia peleado siempre por su libertad y ¡ay! debiera haber añadido, el que la habia perdido siempre: él era el que habia dado tantos dias de gloria á la patria y el que habia sellado su amor á ella, vertiendo lo mas puro y lo mas generoso de su sangre. Veía que una parte del pueblo le abandona-

ba: que la gente perdida y los descamisados, segun el lenguaje doctrinario, ya no estaban con él é iban á cobijarse bajo otras tiendas amparadas por otras banderas. Se desesperaba y no comprendía el abandono en que le dejaba el pueblo. Se quedaba con su clase media: con los tenderos ricos y egoistas que amaban la libertad, siempre que no hubiera demasiados trastornos y se paralizasen demasiado los negocios. Las clases trabajadoras se apresuraban á engrosar las filas de la democracia.

Cárlos Rubio salió á la defensa del viejo partido. Habia sostenido en la *Iberia* reñidísimas peleas con los moderados y con los unionistas y siempre habia vencido. Para oponer ideas á ideas escribió el folleto que ya hemos mencionado; *la Teoría del progreso*. ¡Y qué progreso tan singular era aquel! La libertad no derivaba del hombre sino de la sociedad: la Soberanía Nacional, añeja reminiscencia del Contrato social de Rousseau, era el coronamiento de su edificio y su base: la igualdad no era mas que una media igualdad, siempre prometida á los pobres y siempre asegurada á los ricos: el censo era una *sabia* limitación del sufragio; el fiscal, un *sabio* inspector de policía del pensamiento, las libertades económicas una cosa inaplicable aun en nuestro país; la Iglesia una dulce enemiga con la que se podía reñir los primeros dias de toda revolución y quitarla algunos conventos, pero con la que era preciso ir haciendo las paces poco despues, porque, ya se ve, nuestras mujeres eran católicas, y nuestras hijas católicas, y nosotros católicos y todo el mundo católico: la libertad absoluta de enseñanza no estábamos aun en estado de obtenerla y la libertad de conciencia menos, porque se rompería

la unidad de creencias, que era nuestra gloria, y quien sabe si seria el primer paso para romper la unidad nacional, y, en una palabra, estábamos en aptitud de ansiar toda la libertad que nos diera la gana, pero no estábamos en estado de obtener mas que la cuarta parte de ella. quizá la mitad, sino éramos buenos y no tan bullangueros como en el año 1854.

¡Cárlos Rubio! ¡Alma de poeta, musa de tu partido, corazon generoso como ha habido pocos! Quiero detenerme un momento en esta página y consagrar á tu memoria un recuerdo, á tu heroismo una alabanza, á tus virtudes una lágrima! Todo el mundo recuerda cuando pasabas por la Carrera de San Gerónimo con tus cabellos crespos, con tu vestido en mal uso. Al verte se sonreian los políticos almivarados y de gran tonoy solian decir: «Por ahí vá Cárlos Rubio.» Lo tuyo era de todos: tu casa era de los vecinos, tu alma, poeta de la libertad, era del universo. Combatiste terriblemente con la pluma; fuiste la mitad de la noble alma de Calvo Asencio que se quedaba sobre la tierra. emigrado con Prim viniste el 22 de Junio á ponerte al pie de una barricada, y si no moriste por la libertad fué porque el destino te reservaba otra muerte aun mas gloriosa, la de morir abandonado y solo al pie del eterno banquete que celebraban en el poder tus amigos, Calvo Asencios convertidos en Sagastas, revolucionarios convertidos en palaciegos conservadores y apóstatas. Cuando viste encenagada la libertad, te retiraste á la fonda donde acabaron tus dias entre el humo del tabaco y el anonadamiento en que estabas, y escribiste la historia de aquella revolucion que habias contribuido á hacer y que no quisiste contribuir á deshorrar. ¡Vive en el corazon de los

buenos, carácter extraordinario! ¡Vive como una prueba de que puede haber hombres que no se dobleguen, de que puede haber virtudes que no se manchen y políticos que no apostaten! Fuiste digno de haber peleado por la democracia y por la república; tu error fué mas de inteligencia que de corazon: tus amores fueron siempre para el pueblo, para los desheredados, para los oprimidos. ¡Alma bendita, reposa! La historia te ha elevado á la apotéosis. ¡Reina entre los inmortales!

A las afirmaciones indecisas y vagas contenidas en la *Teoría del progreso*, contestó Castelar con dos cartas bastante estensas, escritas en un pueblo á la orilla del mar. Insistia en sus ideas sobre la apreciacion del derecho y que él solo consagra por entero la personalidad humana. Cárlos Rubio habia dicho que la idea del derecho era una idea exótica y Castelar le demostró que era una idea humana, haciéndole ver que así como la ley de atraccion y de gravedad en las esferas, es el principio de toda la física moderna, así la idea del derecho de Kant es hoy el fundamento de la política de nuestros dias: Cárlos Rubio habia dicho ¡Santo Dios! que la idea del derecho falseaba la soberanía del pueblo, Castelar le demostró que mal podia estar la soberanía en todos no estando antes en cada uno: el primero sostuvo que el derecho no habia sido comprendido de igual manera en todas las épocas, á lo que el segundo contestó que esto no era razon para negarle porque habria que negar entonces el bien y la belleza tan diversamente comprendidas por los pueblos, en las diversas épocas de la historia.

En esta polémica no hubo palabras huecas ni agrias. Se conocia que no se luchaba con un mo-